

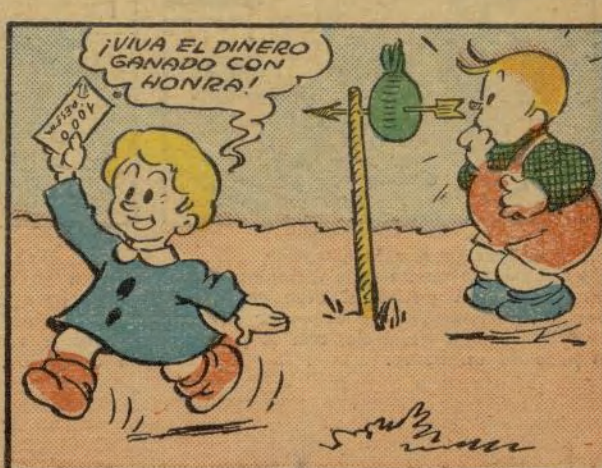
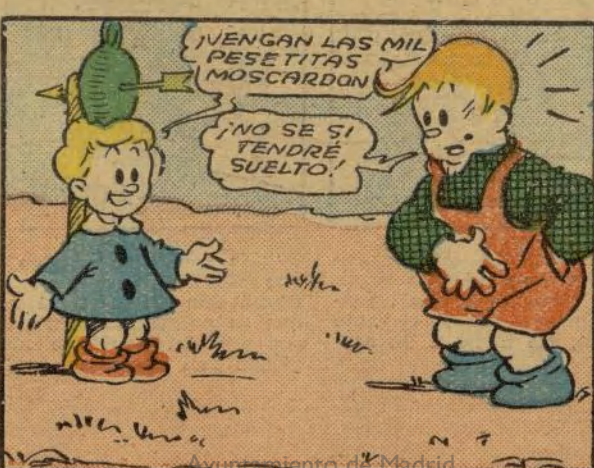
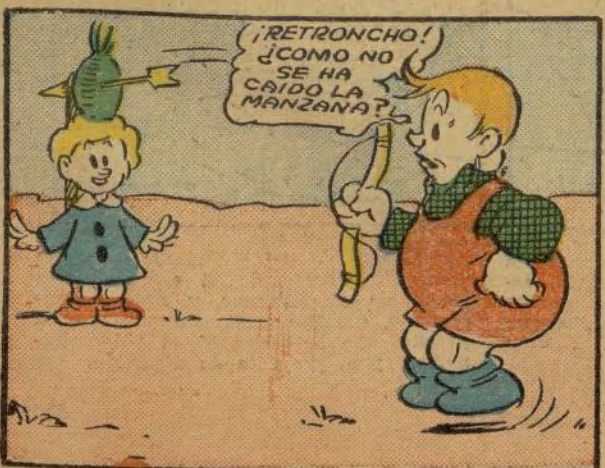
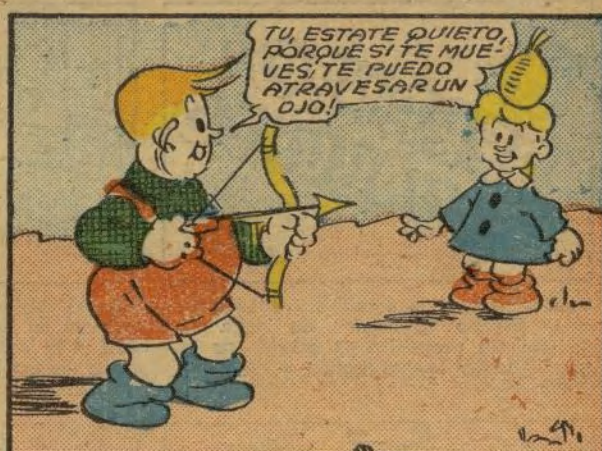
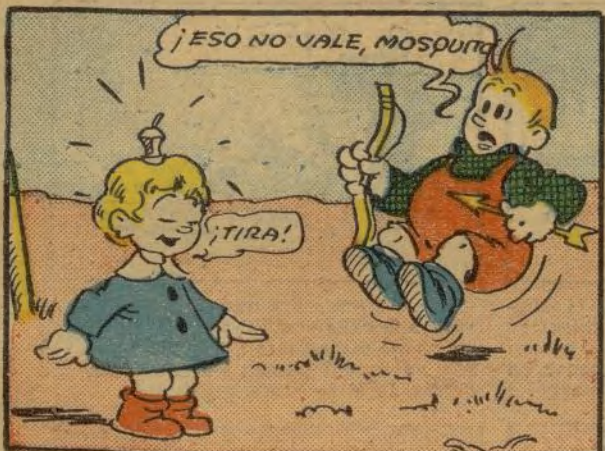
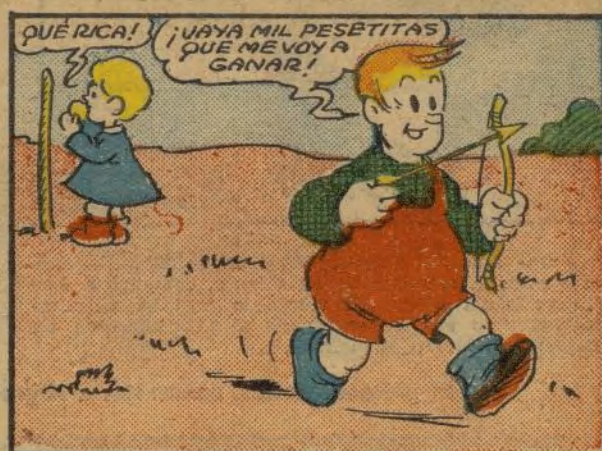


ÑO VI.—NUM. 318

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

13 de junio de 1935

**LAS FAMOSAS AVENTURAS DE
MOSQUITO Y MOSCARDÓN**



Andanzas de Miguelín

EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

EL PUENTE CORTADO



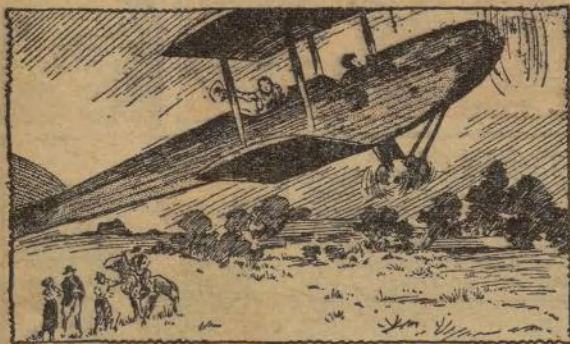
El señor Raudall estaba saludando a un hermano suyo aviador, que, en su aeroplano, acababa de llegar a la granja, cuando Miguelín vió que uno de los vaqueros venía hacia ellos galopando: "¡Me temo que traiga alguna mala noticia!", le dijo a Maruja.



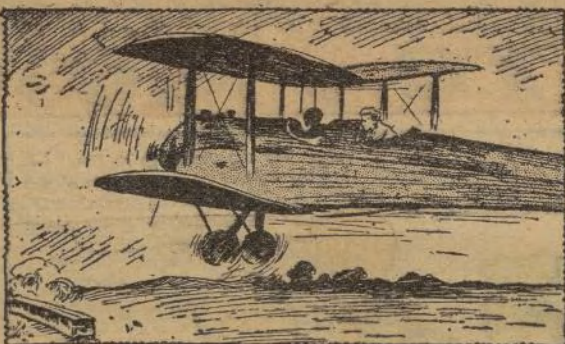
A galope tendido llegó el vaquero hasta el grupo que todos formaban, y allí detuvo en seco su caballo. "¡Señor Raudall!", dijo jadeando. ¡El puente de Río Nuevo ha sido derribado, y dentro de media hora va a llegar el exprés!"



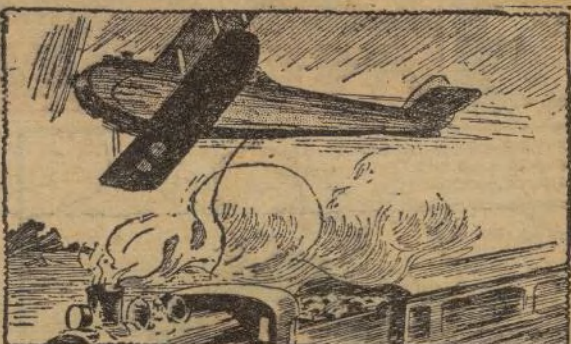
Sin pensarlo un solo momento, Miguelín avanzó un paso. "Si usted quiere llevarme en su aeroplano, yo advertiré del peligro al maquinista antes de que sea tarde", le dijo al aviador. Un minuto después ambos ocupaban sus puestos en el aparato.



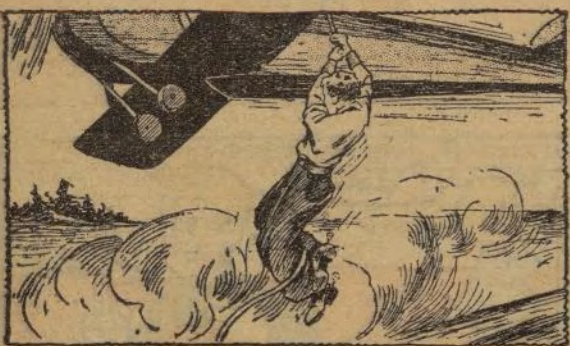
Miguelín no había volado nunca, y sintió un sobresalto cuando el avión, después de rodar por la pradera, se elevó por los aires. Mirando hacia abajo, vió a Maruja, al señor Raudall y a los vaqueros que se hundían rápidamente bajo sus pies.



El aeroplano atravesó la región en línea recta hacia la vía férrea, y pronto se distinguió el tren que avanzaba rápidamente. Miguelín sacó una gruesa cuerda y la ató sólidamente en el aparato.



El avión alcanzó al exprés y, volando sobre él, se colocó exactamente encima de la máquina. Sacando entonces Miguelín la cuerda y soltándola en el aire, rogó al aviador que redujese en lo posible la velocidad, para poder descender hasta el tren.



A una seña del aviador, Miguelín se irguió, agarró la cuerda y, saltando de su asiento, comenzó a deslizarse hacia abajo. El viento lo azotaba violentamente, pero sus duras manos se aferraban en un supremo esfuerzo varonil.



Cuando llegó, por fin, a la extremidad de la cuerda, Miguelín advirtió que se hallaba precisamente encima del tender, y soltó las manos. Sufriendo un golpe considerable, vino a caer sobre el carbón del depósito.

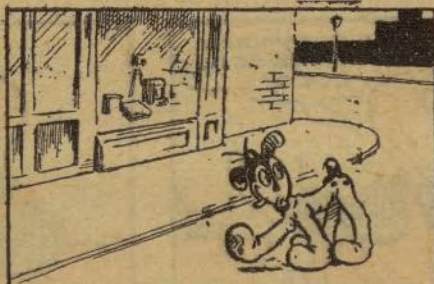


Al enterarse del peligro inminente, el maquinista paró la máquina, y, avanzando luego por la vía con Miguelín hasta llegar al puente cortado, abrazó al muchacho, diciéndole: "¡Has salvado el tren! ¡Eres un bravo!"

El próximo viernes admiraréis a Miguelín librando a Maruja de un fiero búfalo. No dejéis de leer la gran aventura en JEROMIN.

EL PERRITO VAGABUNDO

Vais a conocer la primera aventura en que el perrito "Pelanas" no logra su propósito. Su propósito ya sabéis que es siempre llenar la barriguita a costa de alguien.



Como "Pelanas" ignoraba la suerte que correría en este día para él tan aciago, salió a la calle con su habitual optimismo y su tan bien habitual apetito.



Tras una esquina contempló el simpático perrito esta escena, y, mientras la contemplaba, ideó uno de esos planes que con tanta maestría sabía poner en práctica, en provecho de su estómago.



Don Petronio era un señor que cuando salía a la calle ponía los cinco sentidos en su andar majestuoso y elegantísimo; por eso no se dió cuenta de la batalla que detrás de él se había organizado.



De la batalla por la posesión del paraguas, naturalmente salió victorioso "Pelanas", y allá quedó el otro can acobardado, mientras el vencedor seguía al solemne don Petronio, con el gesto y el paso de un héroe.



Don Petronio comprobó que comenzaba a llover, y con un ademán requirió el paraguas. "Esta es la mía", pensó "Pelanas". "Cuando vea lo elegante que se lo entrego, me invita a un asado de pollo".



"¡Me apuesto un frasco de gomina a que este paraguas tiene goteras!", exclamó don Petronio, al mismo tiempo que su pulcra indumentaria se iba empapando del líquido elemento. Y dirigiendo una mirada...



...a "Pelanas", que ya estaba un poco "mosca", comprendió el origen de la avería de su paraguas, y, muy elegantemente, dió tan tremendo puntapié al perrito, que le destruyó "el polo magnético" y el proyecto de digestión.



Resumen de lo publicado.—Martin es un muchacho que sirve en la posada de "Las dos llaves", cercana al "castillo de los misterios". Cierta día ve desaparecer por una puerta secreta a su amo y al capitán Morgan. Los sigue y sorprende en un subterráneo una puerta secreta. Es descubierto y apresado.



Martin había sido apresado y era conducido a empellones hacia la puerta, cuando uno de los presentes lanzó un banquillo contra la lámpara, dejando la estancia a oscuras. En aquel momento Martin oyó que alguien le decía quedamente al oído: "¡Por aquí, muchacho!"



Con movimiento brusco, Martin se escabulló de las manos del que le sujetaba y siguió a la persona que le había hablado. "¿Quién es usted?", le preguntó, cuando se callaron fuera. "Nunca lo sabrás, le contestó el desconocido. "¡Vete corriendo antes de que te cojan!"



Martin echó a correr por un estrecho pasillo hasta llegar a una reducida estancia, por una de cuyas paredes se enfilaba una escalera de hierro hasta perderse en una abertura circular practicada en el techo.



Un rumor de pasos que se acercaban le dio a entender que era perseguido, y trepando por los escalones de hierro, vino a salir por el brocal de un pozo a las ruinas del "castillo de los misterios".



Iba ya a alejarse corriendo, cuando, levantando los ojos, vió asomada a una de las ventanas del castillo a la niña que había visto secuestrada en el mesón. "¿Por qué estará ahí?" se preguntó asombrado.



Nuestro amigo decidió en el acto lanzarse a rescatar a la niña. Cierta presentimiento le decía que se hallaba en peligro. Pero en aquel momento oyó unos fieros ladridos que se acercaban.



Volvió el muchacho la cabeza y vió que un enorme mastín, inyectados en sangre sus ojos, se lanzaba contra él, y, suponiendo que sus perseguidores habían soltado aquel perro para capturarle, echó a correr.



Pronto llegó a una de las terrazas del castillo en ruinas, y corría por ella desalado, cuando vió que uno de sus perseguidores salía de detrás de una esquina y le salía al encuentro.



Cogido entre ambos enemigos, Martin titubeó un momento, y luego, decidido a no dejarse coger, saltó sobre el parapeto de la terraza, dispuesto a salvarse por allí. Pero, al mirar a sus pies, lanzó un grito de terror.

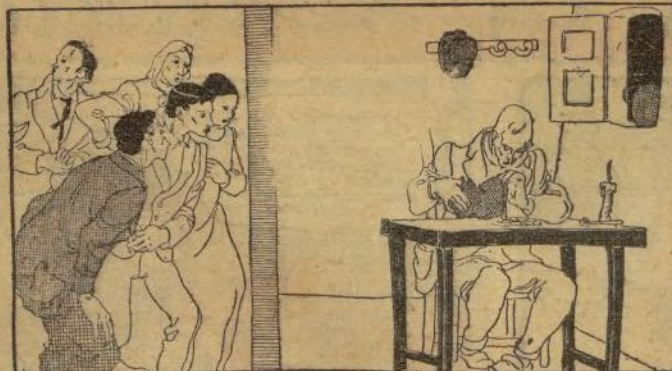


Se hallaba sobre una muralla de muchos metros de altura, y al fondo se divisaban grandes rocas puntiagudas y el mar tempestuoso. Por allí no había modo de escapar, y, mientras tanto, el perro le daba ya alcance.

¿Caerá Martin en manos de sus misteriosos perseguidores? No dejéis de leer el siguiente episodio que la próxima semana os contará JEROMIN.

LA HERENCIA CUENTO

El buen Patricio tenía tres hijos. Además de los tres hijos, Patricio el bueno poseía una inmensa fortuna, que empleó desde muchos años atrás en dar educación esmerada a su descendencia.



Y de este modo los tres hijos de Patricio el generoso fueron creciendo en estatura y en conocimientos. Y cuando la cabeza de Patricio, el padre amantísimo, fué un copo de nieve, la cabeza de sus tres hijos fueron como tres alas de cuervo.

Y así, y mientras que al viejo fué abandonándole la vida, en los jóvenes la

vida misma despertó con los más vivos y bellos colores.

El buen Patricio había gastado la mitad de su fortuna en educar a sus hijos, pero podía vanagloriarse y sentirse feliz al oírlos disertar sobre profundísimos temas filosóficos, científicos y literarios.

Los tres hijos se casaron, y el buen Patricio creyó que con esto ya podía descansar tranquilo.

Como aun era rico, se retiró a un precioso hotelito que mandó construir, y en su retiro le visitaban todos los días sus hijos con sus esposas

respectivas. Y de continuo también cada uno de aquéllos le hacía al padre frecuentes peticiones de dinero.

Siempre bueno y generoso, el viejo atendía con largueza las peticiones de sus hijos.

Pero bien pronto comenzaron entre los tres las disputas y las discusiones, y

hasta se permitieron recriminar secretamente a su padre, pues cada uno estimaba que sus hermanos eran obsequiados con más esplendor.

Aunque los descontentos se recataban de hacer manifestaciones, pronto llegó a oídos del anciano el rumor de las quejas, y entonces decidió repartir entre los tres lo que le restaba de fortuna.

Así, pues, llamó cierto día a todos y les dijo:

—He decidido repartiros mi fortuna en tres partes iguales, una para cada uno. Yo nada me reservo, porque viviré con vosotros cuatro meses del año con cada uno.

El primer año todo marchó bien; pero al segundo, los hijos y sus mujeres comenzaron a murmurar del viejo y a considerarle un parásito. Y el buen Patricio fué despedido con mucha diplomacia por los ingratos hijos y tuvo que retirarse de nuevo a su hotel y vivir allí de lo que sus vecinos le llevaban por caridad.

Jamás volvieron los hijos a visitarle, y el buen viejo se sentía morir de pena y amargura.

El buen Patricio fué a casa de un antiguo amigo, y, con promesa de devolvérsele aquella misma noche, le pidió que le prestase varios saquitos de monedas de oro.

Con su tesoro en los brazos, el anciano llegó a su casa y mandó llamar a los hijos, que acudieron refunfuñando y de mala gana. El ingenioso Patricio les dijo que le esperasen, y se metió en

otra estancia contigua, cuya puerta estaba agujereada y llena de grietas.

Una vez allí, golpeó los sacos de oro, y al argentino sonido, los hijos del anciano se encandilaron y se pusieron a observar a su padre, que volcaba sobre una mesa montones y montones de brillantes monedas.

Los miserables se quedaron absortos y no dudaron de que su padre había hecho un fabuloso negocio. Así, cuando salió el viejo, todos le hicieron grandes demostraciones de cariño y pretendieron que se fuera a vivir con ellos.

Cuando se marcharon, el abuelo llevó a su amigo las monedas que le había prestado, y luego, de regreso en su casa, colocó sobre una mesa el arca de caudales completamente vacía.

Al día siguiente llegaron los desleales, acompañados de sus mujeres y de sus hijos, promoviendo gran algazara y gritando a porfía: "¿Dónde está el santo? ¿Dónde está nuestro amantísimo padre?"

Pero no lo encontraron; el buen viejo había huido con su antiguo amigo, y los ingratos hijos solamente hallaron el arca de caudales vacía.

Sobre el arca, el buen Patricio había dejado esta tarjeta dirigida a sus hijos: "Como a mí no veniais a buscarme, por eso no estoy. Veniais a visitar mi arca de caudales y ahí la tenéis, como la dejasteis. Igual que mi arca quedó también mi corazón."

De los tres ingratos hijos, uno emigró; los otros dos se murieron de vergüenza.

CASCARILLA UNA ARDILLA



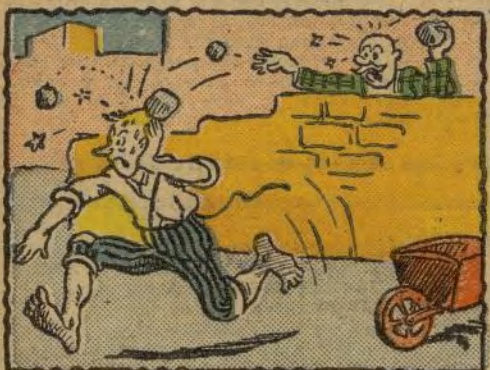
Cascarilla era feliz porque llevaba tres días seguidos trabajando en una obra sin que le hubieran despedido.



"Aquí me haré viejo-pensaba, y no me despedirán ni con honda". Así monologaba mientras iba con una



carretilla cargada de cascote. Como estaba cansado, se sentó de golpe en las varas de la carretilla, y los efectos



fueron desastrosos, porque el cascote salió despedido, tomando la trayectoria de la cabeza del capataz, que tenía el estómago más escurrido que una esponja.



Laura comenzó a buscar por un lado y Kilómetro por otro, pues la verdad era que tenían el estómago más escurrido que una esponja.

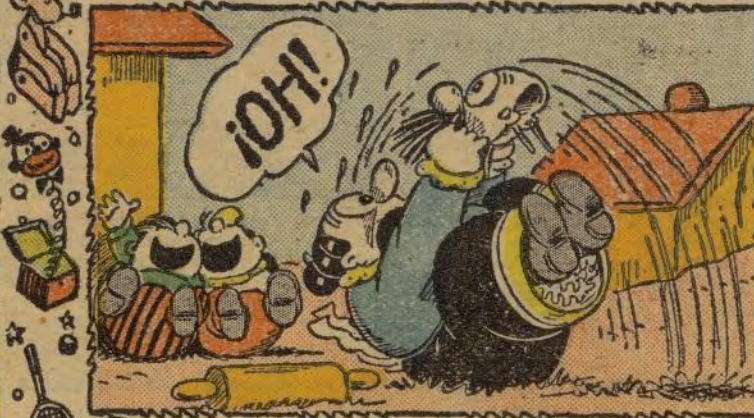
HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



Capturado por el hipopótamo amaestrado en el momento en que huía al África, el capitán fué condenado a trabajos forzados por la iracunda mamá Tecla, que tenía un genio como para hacerse el ama allí donde estuviera.



Oírlo mamá Tecla y pegar un bufido, que constipó al pastel, fué obra de segundos. Al instante empuñó su rodillo de combate y se lanzó al exterior, agitando la maza, pues era partidaria del lema "Agítese antes de usarlo".



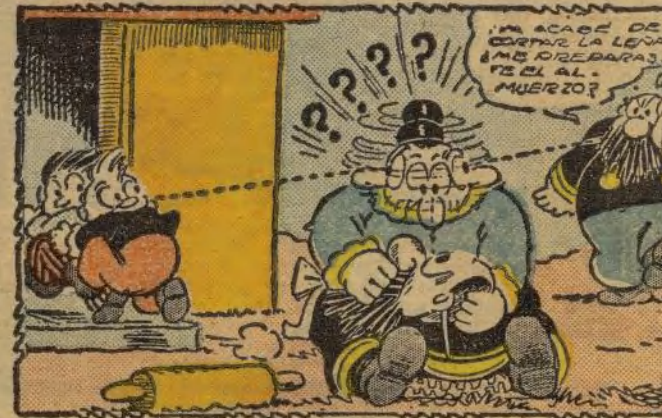
Y tanto tiró que arrancó del suelo la máscara y entró en barrena, pegándose con la popa un trasto como para hacer un túnel de veras. Y su asombro fué tan grande como su ira, pues no se explicaba por las buenas tal prodigio.



Los pilluelos hacía mucho tiempo que no se divertían, y como al capitán ya le habían vencido, a menos por el momento, pensaron ahora hacer blanco de sus diabluras a mamá Tecla, de la que siempre fueron aliados fieles.



Como no era cosa de meterle el rodillo por la tapadera, la señora quiso convencer al "fugitivo" por las buenas y empezó a camelarlo: "Anda, sal si tienes miedo, y no te haré nada. No temas. Sal, y no seas berzotas, hermoso".

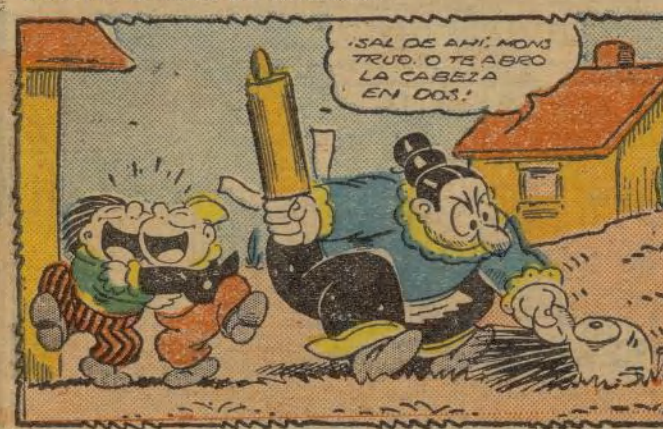


Unos minutos permaneció con su cuerpo en la arena, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Pronto, sin embargo, olfateó la burla, y los pilluelos, presagiando el drama, trataron de poner tierra entre sus cu... tis y el rodillo de combate.

TARUGO Y PERDIGÓN



Con aquella maldita habilidad que tenían, fabricaron una carátula idéntica al "físico" de Terre-Moto, y la clavaron fuertemente en tierra, pensando en lo que se iban a divertir y el juergazo que iban a correr a costa de la mamá.



Como es natural, el mascarón no decía esta bofetada de un primo hermano tío, y la respetable dama, juzgando a burla el silencio, se agarró, como un náfrago a una tabla, a las narices de la máscara, pretendiendo arrancárselas de cuajo.



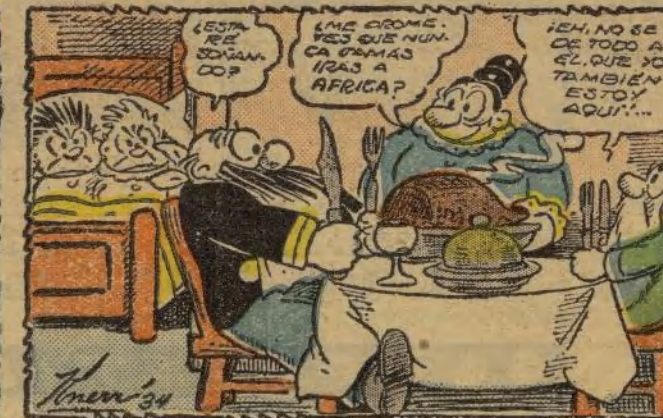
Pero no les valió. Mamá Tecla, cuando corrió impulsada por la ira, era un cuarenta caballos, y bien pronto dió caza a los que siempre fueron sus amigos, comenzando a sopapearlos, ante el asombro de Terre-Moto y Barba, que lo veían y no lo creían.



Y en el momento en que la señora preparaba un pastelillo de conejo viudo, que era su especialidad, irrumpieron en la cocina los pilluelos, gritando: "¡Ay, ay! El capitán ha hecho un túnel y quiere huir por él al África".



Los pilluelos hacían piruetas de alegría, y mamá Tecla rugía como una leona cuando la pasan el recibo de la luz: "Pero, criminal, ¿es que no vas a salir? Canalla, miserable, sal de ahí, fugitivo, bandolero, pistolero y embustero".



El capitán fué perdonado, y, por primera vez en su vida, los pilluelos se acostaron sin cenar y sin que les besara la pantera, digo no, mamá Tecla. ¿Seguirían ya siempre en guerra con ella los pilluelos? (Continuará.)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo se entregaba a las delicias náuticas con un fervor como para que le condecorasen. La merienda, como

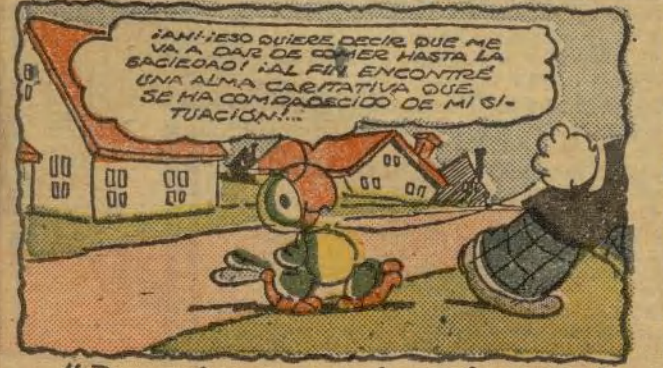


de costumbre, se le había "olvidado", y decidió merendar, porque el merendar es una cosa que le sienta muy bien

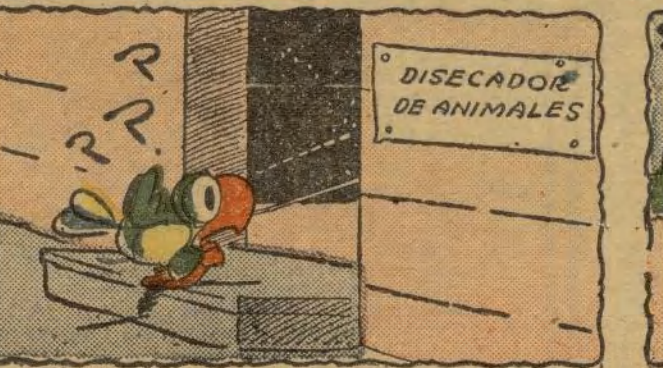


al estómago. Don Anacleto había salido de casa con una cesta de comestibles como para enternecer a un

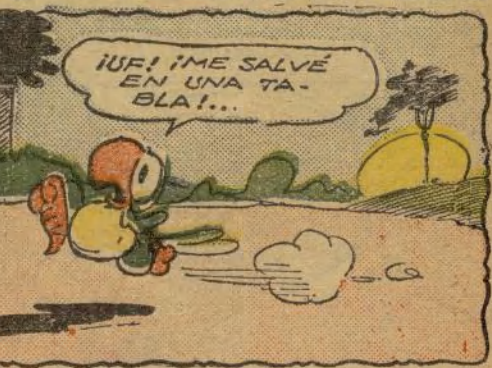
Risa para la semana con "Laura" la charlatana



"¡Pero qué suerte tengo! seguía pensando Laura. A las primeras de cambio, me encuentro un señor tan bueno, tan amable...



Y al ir a entrar en la casa de su nuevo dueño estuvo a punto de desmayarse de terror. El "protector de animales" era un coleccionista.

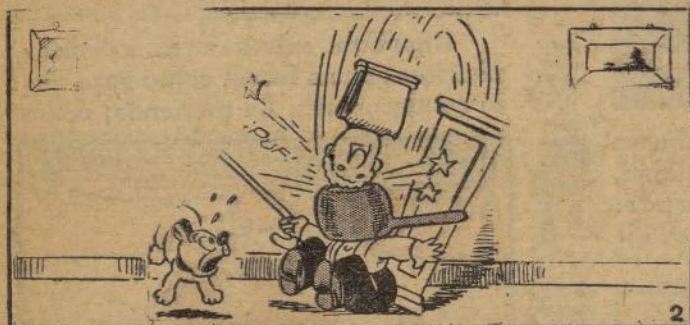


Y Laura escapó a cuarenta por minuto, maldiciendo su sino, su suerte, y deseando que Kilómetro hubiese encontrado un hogar tranquilo

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Telesforo y "Dinamita" decidieron jugar a los cazadores de fieras. Telesforo era un valiente cazador y "Dinamita" era en todo un perfecto tigre de guardarrópia.



Mas al primer envite del "tigre" se originó una catástrofe que iba a ser fatal para el valiente cazador, al que colaron el casco como si se lo hubieran metido a tornillo.



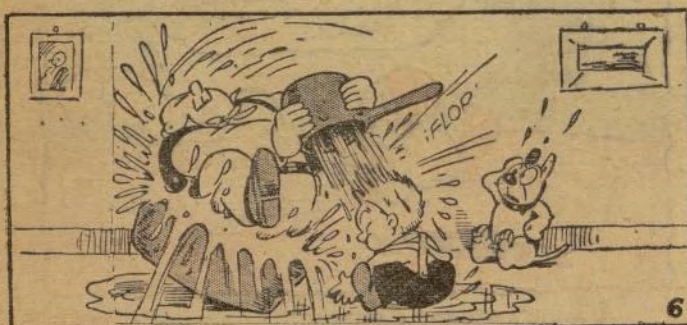
Don Simplón intentó por las buenas sacar la cacerola, mientras el bestia del nene daba cada berrido como si le estuvieran seccionando la yugular con un serrucho.



Don Simplón comprendió que era necesario apelar a recursos heroicos, y le coló a Telesforo en la tina del agua para ver si le encogía la cabeza de esta manera.



Pero a Telesforo no se le encogía ni con polvorones, y don Simplón cogió carrerilla, hizo un llamamiento desesperado a sus fuerzas, empuñó el mango, tiró y...



...la recacerola en tres jornadas. La cacerola salió, al fin, de la bohardilla de Telesforo, y el pobre don Simplón fué, como siempre, el que pagó el pato.

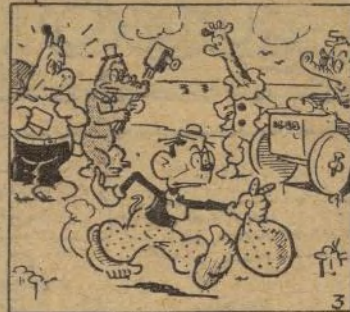
MIKITO VA DE MERIENDA A LA PLAYA



Mikito afilaba el cuchillo sobre el tenedor, antes de dar comienzo al festín.



Pero no, contaba con el coro de pelmazos que acudieron como moscas a la miel.



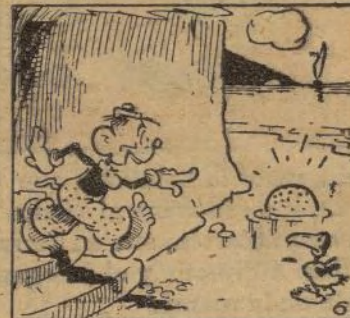
Y huyendo de aquellos traficantes, recogió su merienda y se alejó malhumorado.



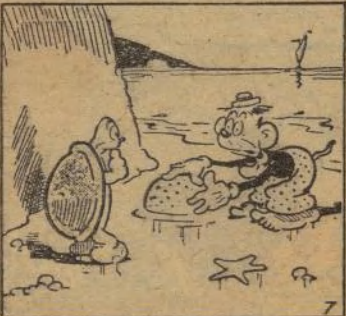
¡Vaya! En esta piedra pondré el lio de la merienda mientras sigo afilando el cuchillo.



¡Qué veo, Tadeo?, preguntó Mikito. Aquello era una tortuga, y su merienda "volaba".



Como no la encuentre, me acubido! Si no me equivoco, ahí la veo sobre la arena.



¿Con que te querías escapar, verdad, merienda? Pues ya verás que camino más estrecho vas a tener que andar.



¡Ay, mi tía, pero qué mal genio tiene este bicho. Mikito no sabía que era un terrible pulpo que le podía matar.



¡Pero qué disgusto tengo! ¡Mira que perderse mi merienda! Y lo peor es que éste me va a romper tres costillas.



¡No lo decía yo? ¡Yaya tardécita! ¡Pero si está ahí mi merienda rica! ¡Vivan los bichos feos, pero simpáticos!



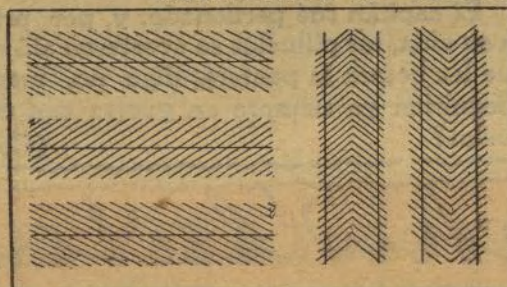
El pulpo se alejaba creyendo del deber cumplido; el deber de ser malvado, que le falló, pues hizo un bien a Mikito.



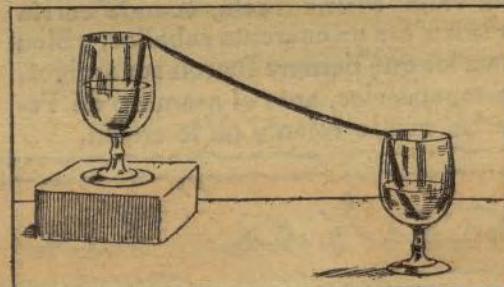
Y éste pudo, al fin, merendar tranquilamente con la tortuga, mientras el pulpo contemplaba su fracaso como matón.

PASATIEMPOS

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Advertid que, por efecto de óptica, no parecen paralelas las rectas que están atravesadas por esa serie de oblicuas, y, sin embargo, lo son. Igualmente sucede en las figuras de la derecha.



Con una tira de paño empapado en agua, colocada en esta forma y llenando de agua la copa superior, veréis cómo al cabo de una hora ha pasado el agua a la copa inferior.

¡LECTORES DE "JEROMIN"!

Desde este mes de junio, el precio de vuestra revista JEROMIN—como el de todas las demás infantiles—será de 15 céntimos. La ley lo manda, y hemos de cumplirla.

Pero con este aumento de precio no os habéis de perjudicar en lo más mínimo. Por el contrario, saldréis beneficiados. Porque esos cinco céntimos que en lo sucesivo pagaréis de más los recibiréis en aumento y mejora de vuestra revista.

Desde dentro de muy pocos números, JEROMIN constará de doce grandes páginas; o sea, que aumentará su contenido en la misma proporción en que aumenta su precio.

Además de lo que actualmente os da, publicará JEROMIN magníficas historias de aventuras y emoción a toda página y a dos colores; grandes novelas de enorme interés y deliciosos cuentos, bellamente ilustrados.

Que nadie, pues, deje de comprar JEROMIN en lo sucesivo, por este aumento general de precios de los periódicos. Así lo esperamos, porque es racional, lógico. Además, los lectores de JEROMIN son buenos amigos de su revista, que no la abandonan ni la cambian tan fácilmente. Y JEROMIN es buen amigo de sus lectores, que sabe corresponder a su constancia y fidelidad.

Mil gracias, por consiguiente, a todos, y a todos dice JEROMIN: ¡HASTA EL PROXIMO NUMERO! ¡HASTA SIEMPRE!

Ayuntamiento de Madrid

Resumen de lo publicado.— El trapeartista Bepo se pasa al circo del señor Waldorf. Este prepara una treta contra su rival, pero Antonio avisa al señor Smith y su tutor quiere castigarle.

COMPANEROS DE CIRCO



Huía Antonio de su tutor y del señor Waldorf, y buscaba dónde esconderse. Bepo lanzó un grito de triunfo. Una caudalosa corriente se interponía ante el fugitivo, cortándole la huida. Pero el muchacho, sin titubear, se lanzó a la corriente.



Al advertirlo Bepo, prorrumpió en imprecaciones de cólera; pero ni él ni el señor Waldorf se arriesgaron a seguirle. Antonio, entre tanto, nadando vigorosamente llegó a la orilla opuesta, y echó a correr a campo traviesa hasta llegar a una granja no distante.



En un cobertizo halló un montón de sacos. Tendióse sobre ellos y, arropándose lo mejor que pudo, durmió toda la noche tranquilamente. Al amanecer del siguiente día sintió que le zarandeaban, y, despertándose, vió ante sí a un hombre.



Tan bien realizó Antonio su trabajo, que los dueños invitaron al muchacho a comer. Tentado estuvo el joven de pedirles quedarse con ellos; pero se acordó del anillo que tenía que rescatar, y decidió partir para intentarlo.



Caía la tarde cuando Antonio llegó cerca del circo. "Tengo que hallar ese anillo!", se decía mientras, avanzando oculto entre las matas, se acercaba al carro de Bepo. Súbitamente concibió un plan y, gateando, se introdujo en el campamento.



Sabía él que el circo Waldorf se había puesto en camino, y, dirigiéndose primero al sitio donde se había detenido y de donde él se había escapado, fué siguiendo sus huellas por largas horas, hasta que, por fin, divisó acampada la caravana que buscaba.

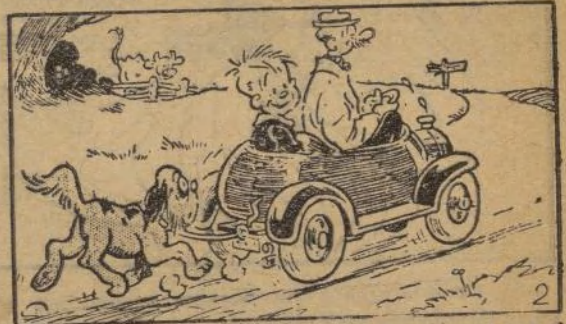


Había por allí cerca mucha gente, y Antonio se deslizó rápido y silencioso hacia donde estaban atados tres caballos. Con manos temblorosas los soltó y, golpeándolos luego, los espantó, hasta que salieron galopando asustados. (Continuará.)

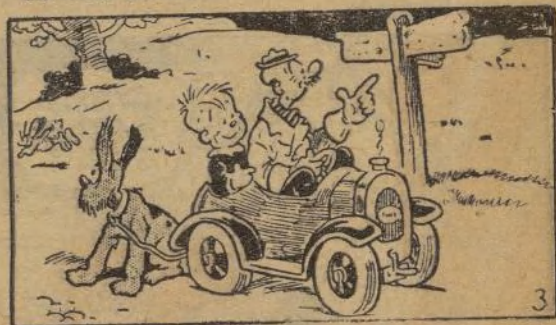
MARCHA ATRÁS



Don Policarpo se marcha al campo a merendar. Además de un hijo, tiene un coche y un perro. Pero éste no cabe en el coche, y...



...tiene que atarlo a la trasera. Menos mal que el perro sabe un trote sandunguero, que si no, aquel día echa el bofe.



Al llegar a un cruce de carreteras, don "Poli" hizo una parada, y cuando estaba leyendo la tablilla indicadora, su chuchó vió correr una liebre.



Y sin previo aviso, el perro salió por pies, arrastrando a don "Poli", al nene y al automóvil con sus tres caballos y pico.



Mientras el perro seguía a la liebre y don Policarpo contaba las estrellas, su niño decía: "¿A la próxima excursión llevaremos una locomotora?"

CAÍN Y ABEL CHICOS DE HOTEL



Don Procopio, el dueño del Hotel en que prestaban servicio Cain y Abel, mandó a éstos recoger unos troncos de leña y llevarlos a la cocina. Inmediatamente Cain pensó una faenita.



Esperó a que Abel cogiera casi todos los troncos, y, cuando ya los llevaba sobre sus brazos, Cain tomó carrerilla y salió disparado con dirección al reverso de Abel, que iba descuidado.



Pero el malintencionado Cain no había visto uno de los tarugos, sobre el que pisó, haciendo una bonita pirueta que tuvo como final la recepción en la nariz de todos los tarugos de Abel.



Y éste aprovechó la ocasión que se le presentaba de ejercitarse en sus aficiones a la mecánica, construyendo una carretilla con la que llevó a don Procopio la leña.

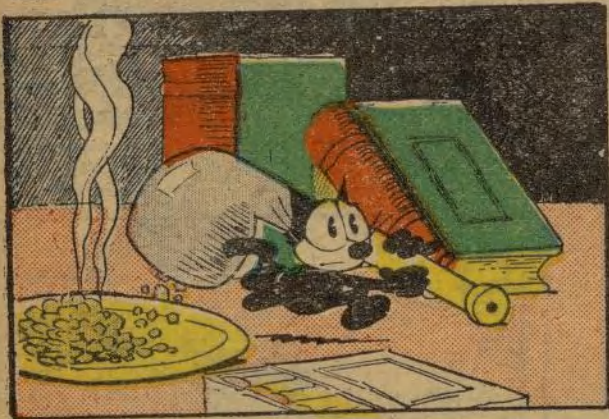
ANDANZAS DEL GATO FELIX



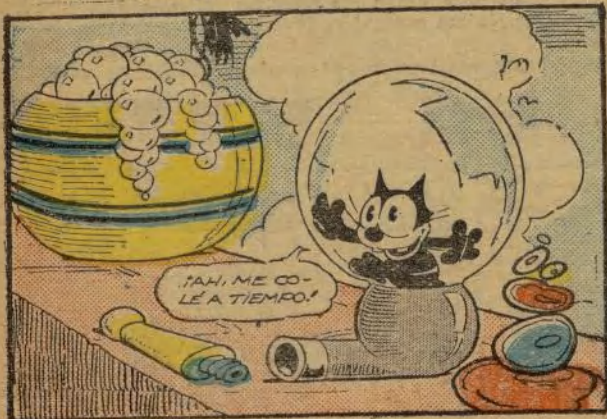
A medida que Félix bajaba, suspendido en el espacio, adonde cayó de forma tan violenta, como recordareis, sentía en la garganta un humillo atroz y un calor que le hizo temer una caída en una caldera de agua hirviendo.



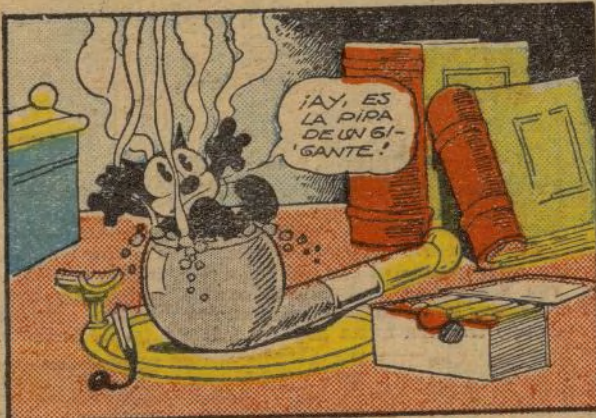
Y quiso su buena estrella, que, desde luego, era una estrella de rabo, que encontrase el sifón del gigante, y se fabricó al instante una ducha, que le dejó el rabito refrescadito, curadito, pringoso y sin dolorcitos.



Félix comprendió, sin grandes esfuerzos, que, de cogerle Malos Pelos, le iba a dejar para el arrastre, y, veloz e imaginativo como siempre, cargó con la pipa de su enemigo, pues acababa de tener una idea de 500 voltios, o sea muy luminosa.



Luego por el tubo de la pipa se coló lindamente en la pompa, y, sintiendo ya muy cerca los pasos del gigante, que se acercaba dando cada berrido como para tirar una torre, hizo girar la pompa y se deslizó por la ventana.



Y, con gran asombro suyo y profundo dolor de su retaguardia chamuscada, vino a dar con sus huesos dentro de una pipa gigantesca, que tenía tabaco para surtir a tres estancos. Era la pipa del gigante Malos Pelos.



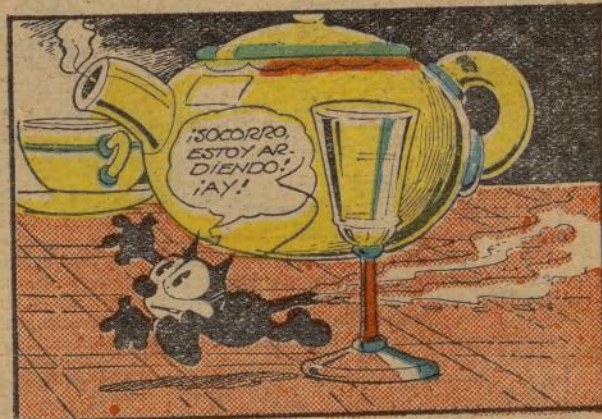
El sifón hacía el mismo ruido que hacen todos los sifones, bien sean de gigantes o de habitantes de la Alcarria, y Malos Pelos, que estaba tocando al violín una bonita canción titulada "Mátame pronto, Felipa", creyó que le decía que se callase.



En una taza que parecía un estanque fabricó, en menos que canta un gorrión baritono, una gran cantidad de pompas de jabón, que al instante las amplificó, soplando en la pipa con una fuerza como para prestársela a un huracán modestito.



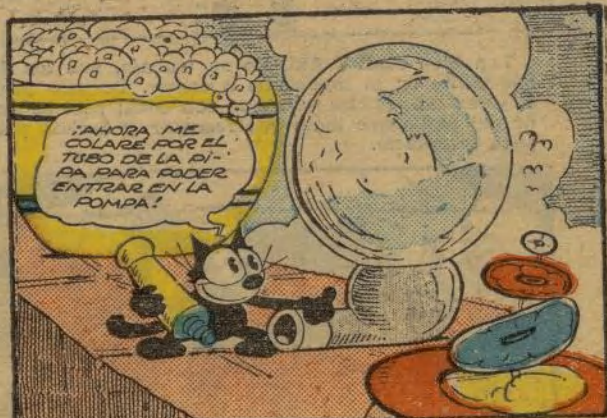
Malos Pelos llegaba ya tarde y sólo pudo rugir de ira al comprobar que le habían burlado. Félix ya navegaba por el espacio, por donde los astros van, y le dijo a Malos Pelos: "Au revoir, ninchi", para que viera que él dominaba el francés.



Félix, con el rabo, que parecía el tubo de escape de un autobús, escapó por la mesa del gigante, que parecía una autopista, buscando una piscina, una regadera o algo con agua, que calmase aquel fuego que le consumía el rabequé.



"¿Quién me manda callar?"—rugió aquel bárbaro empuñando una maza que parecía un tanque blindado—. "Al que me haya chistado, le voy a hacer un boquete en el "torrao", que se le van a ver los tobiolos mirando desde la coronilla."



Segundos después había construido una pompa que parecía un globo cautivo y de una consistencia de asfalto. Al ver su obra, lanzó un suspiro de satisfacción y estuvo a punto de cantar la romanza de "Luisa Fernanda", que era su grito de combate.



La pompa era más dura que un panecillo de tres días, y Félix, dentro de ella, se manejaba como un aeronauta consumado. A fuerza de brazos, encaminó la pompa en dirección al país del hada Inmaculada, pensando hacer la guerra a Ronquido XXVII.

(Continuará.)